

Plaza y Valdés
EDITORES

Con más de 1000 obras sobre:

Administración pública
Agricultura
Antropología
Ciencia y tecnología
Ciencias sociales
Cine
Comunicación
Derecho
Ecología
Economía
Educación
Ensayo
Filosofía
Género
Geografía
Historia
Lingüística
Metodología
Narrativa
Periodismo
Poesía
Política
Psicología
Religión
Salud
Teatro
Trabajo social
Urbanismo
Tecnología
•
Editorial académica



Ciencias Sociales
ISBN 978-607-402-578-1

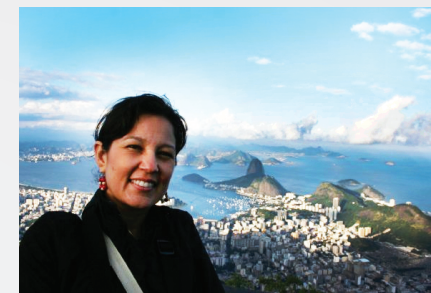


P Y V

Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo XXI • Ana Josefina Cuevas

Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo XXI

Ana Josefina Cuevas
(coordinadora)



Ana Josefina Cuevas Hernández
Doctora en Sociología por la Universidad de Essex, Inglaterra. Es profesora e investigadora de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima y nivel 1 del SNI. Sus líneas de investigación son: diversidad familiar, hogares dirigidos por mujeres y cambio intergeneracional y sus interconexiones con género y cambio social. Ha sido ponente nacional e internacional en diversos congresos y pertenece distintas asociaciones. Sus publicaciones más recientes son: “Jefas de familia sin pareja: estigma social y auto-percepción” (*Estudios Sociológicos*, Vol. XXVIII, Núm. 84, 2010); “Memoria familiar y mito: la resignificación del pasado” (*Revista de Ciencias Sociales*, Núm. 27, 2011); y “Mujeres solas: imaginarios sociales y continuum”, en *Interpretaciones feministas y multidisciplinares de género* (Universidad de Colima, 2012). Su correo electrónico es: ajcuevas@uclm.mx

Directorio

Universidad de Colima

M.C. Miguel Ángel Aguayo López
Rector

Dr. Ramón Arturo Cedillo Nakay
Secretario General

M.C. Christian Torres-Ortiz Zermeño
Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Guillermina Araiza Torres
Directora General de Publicaciones

Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo XXI

**Ana Josefina Cuevas Hernández
(coordinadora)**



Primera edición: diciembre 2012

D.R. © Universidad de Colima
© Ana Josefina Cuevas Hernández
Avenida Universidad 333
Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (013) 31 61081 y 31 61000, ext. 35004
Correo electrónico: publicac@ucol.mx
Sitio en internet: <http://www.ucol.mx>

© Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D. F. 06470. Teléfono: 5097 20 70
editorial@plazayvaldes.com

Plaza y Valdés Editores
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223, Madrid, España
Teléfono: 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Corrección de estilo: José Mario Hernández Romero
Formación tipográfica: Cristina Mera Manzo y José Luis Castelán Aguilar
Diseño de portada: Elizabeth Mercado León

ISBN: 978-607-402-578-1

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Contenido

Presentación y agradecimientos.....	9
Arraigo e inmunidad subjetiva frente al riesgo geológico: un matiz identitario colimense.....	13
<i>Gabriela del Carmen González González</i>	
No sólo de identidades censales vive una mujer adulta mayor de Colima: evidencias lingüísticas en una entrevista narrativa	35
<i>Alan Emmanuel Pérez Barajas y Daniel Barragán Trejo</i>	
Los excluidos del siglo XXI en los cuentos de Eduardo Antonio Parra.....	69
<i>Lilia Leticia García Peña</i>	
Dédalo o el laberinto de la identidad	83
<i>Gloria I. Vergara Mendoza</i>	
El imaginario de la familia y los hijos de <i>mujeres solas</i> tras la ruptura del lazo conyugal	95
<i>Ana Josefina Cuevas Hernández</i>	
Somos mixtecos y también regiomontanos... ¿o no? Identidad, territorialidad y etnicidad en continuo movimiento.....	121
<i>Diana Patricia García Tello y Octavio Augusto Montes Vega</i>	

Migración e identidad: entre la asimilación y la integración	137
<i>Martha Chávez Torres</i>	
Acerca de los autores	149

Dédalo o el laberinto de la identidad

Gloria I. Vergara Mendoza

No habrá nunca una puerta. Estás adentro y el alcázar
abarca el universo y no tiene ni anverso ni reverso
ni externo muro ni secreto centro.

No esperes que el rigor de tu camino que tercamente se
bifurca en otro, que tercamente se bifurca en otro, tendrá
fin. Es de hierro tu destino como tu juez.

No aguardes la embestida del toro que es un hombre y cuya
extraña forma plural da horror a la maraña de interminable
piedra entretejida.

No existe. Nada esperes. Ni siquiera
en el negro crepúsculo la fiera.

JORGE LUIS BORGES

Hablar de la identidad en el siglo XXI, implica necesariamente tocar los imbricados cruces del concepto, desde las distintas perspectivas de la alteridad. Ser con los demás, por los demás, a partir de los otros; pero también ser consigo mismo, por sí mismo y a partir de sí, es el dilema que se ha puesto en la mesa de las reflexiones en los últimos tiempos. El filósofo francés, Paul Ricoeur lo expresó de forma definitiva en su *Sí mismo como otro*, al tratar los temas de la ipseidad y la mismidad en una clara búsqueda de recuperación del sujeto. Pero ahora

no abordaremos la terminología ricoeuriana; nos enfocaremos más bien al estudio de la identidad en relación con “el cuidado de sí”, como lo enuncia Michel Foucault en *Hermenéutica del sujeto*. Para ello, guiaremos nuestra reflexión con la imagen del laberinto, que nos enfrenta a múltiples significaciones en el diálogo que de *facto* implica la identidad.

Partiendo de esta perspectiva, nos adentraremos en el mito griego, en el que Dédalo y el rey Minos nos ayudarán a entender los ires y venires de la interioridad del sujeto. Porque el sujeto, vale decirlo ahora, es múltiple y simultáneo tanto en su relación con los demás como en su interioridad. Vivir es relacionarse en múltiples direcciones; contrariarse en la lucha cotidiana de la que siempre queremos salir como de un mar tormentoso o —para decirlo acorde con Dédalo—, de un laberinto convertido en el *sino* de nuestro sufrimiento.

Si revisamos el mito, debemos notar, como lo hizo Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras*, que el laberinto no sólo tiene que ver con el minotauro y con Dédalo, sino con todos los que —de alguna forma— se relacionan con el rey Minos y su falta de cumplimiento a la promesa divina; es, como diría Borges, un laberinto divino por la diversidad de sus criaturas. Campbell nos recuerda en breves párrafos su origen. Mientras Minos luchaba por el trono contra sus hermanos, había pedido a Poseidón que le enviara como señal de su triunfo, un toro del mar. Juró que sacrificaría al animal enseguida, como ofrenda y señal de sumisión. “El toro apareció y Minos subió al trono; pero cuando pudo apreciar la majestuosidad de la bestia que se le había enviado, pensó en las ventajas que le traería el ser dueño de tal ejemplar [...] y [en su lugar] ofrendó en el trono de Poseidón el mejor toro blanco que poseía y agregó el otro a su ganado” (Campbell, 2009: 20). Esta falta es vista como un afán de engrandecimiento y Poseidón castigará sin duda el abuso, despertando la pasión de la reina Pasífae por el toro del mar. Parece larga la historia que retoma Campbell, pero es importante señalar que Pasífae convenció a Dédalo

para que construyera una vaca de madera que engañara al toro, en el cual se ocultó de buena gana y el toro fue engañado. La reina dio a luz un monstruo, el cual, al paso del tiempo, empezó a convertirse en un peligro. Y Dédalo fue llamado de nuevo, esta vez por el rey, para que construyera la tremenda cárcel del laberinto, con pasajes ciegos, con el objeto de esconder aquella cosa (Campbell, 2009: 21).

Campbell retoma de Ovidio el mito y señala que el laberinto quedó tan perfecto que ni el mismo Dédalo podía salir de él. Hasta este punto podemos ver la complejidad del enredo originado por Minos al no cumplir su promesa. A partir de esto,

DÉDALO O EL LABERINTO DE LA IDENTIDAD

contemplamos la analogía del laberinto con la identidad,¹ en tanto que ésta emerge de una serie de contradicciones que envuelven al sujeto en el “cuidado de sí”. Dédalo construye el laberinto por orden de Minos; sin embargo es puesto en él como su propia cárcel, cuando el rey se da cuenta de que Dédalo ayudó a Ariadna para que Teseo matara al minotauro y saliera del laberinto.

Dédalo establece una compleja red de relaciones con los otros y consigo mismo; abona a lo literal del laberinto, lo simbólico del laberinto. Pasifae, Minos, el monstruo, Ariadna y Teseo entran y salen del escenario del arquitecto y se convierten en referentes de su castigo. En el sufrimiento de Dédalo confluyen entonces los muros del laberinto físico, externo, con la dureza que provoca el laberinto de la desolación en la que Dédalo se abate, como lo representa Borges en el siguiente poema:

Zeus no podría desatar las redes
de piedra que me cercan. He olvidado
los hombres que antes fui; sigo el odiado
camino de monótonas paredes que es mi destino.
Rectas galerías que se curvan en círculos secretos
al cabo de los años. Parapetos
que ha agrietado la usura de los días.
En el pálido polvo he descifrado
rastros que temo. El aire me ha traído
en las cóncavas tardes un bramido
o el eco de un bramido desolado.
Sé que en la sombra hay Otro, cuya suerte
es fatigar las largas soledades
que tejen y destejan este Hades
y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
este el último día de la espera.
(BORGES, 1999: 86).

Dédalo vive su lucha con el mundo y consigo mismo; toma, en cierto sentido, el papel del minotauro, cuando aflora desde su interioridad, lo monstruoso de sí. Entonces Dédalo se enfrenta a lo otro, al otro que se magnifica en la muerte. Por ello Dédalo es el mejor ejemplo para hablar de la alteridad laberíntica; ser al mismo

¹ Es indispensable nombrar aquí la referencia de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y su relación con la identidad del mexicano. Sólo que nuestro interés va en un sentido más general, que tiene que ver sobre todo con la condición humana.

tiempo uno y otro, tener en la misma acción lo bueno y lo malo, como en la compleja ética griega. Es decir, Dédalo se va envolviendo en diversas acciones que lo condenan a remolque de sus dones artísticos: “lleno de odio, y tocado por el amor de su lugar natal, / encerrado estaba en el piélago. “Aunque tierras”, dice, “y ondas / me opongá, mas el cielo ciertamente se abre; iremos por allá. / Todo que posea, no posee el aire Minos” (Ovidio, 2010: 183).

Dédalo no se doblega; ante el castigo crece su imaginación y fabrica unas alas para él y otras para Ícaro, quien se encontraba también en el laberinto. Ovidio canta la ternura de Dédalo frente a su hijo y pone de manifiesto las indicaciones para que Ícaro alcance la libertad:

Luego con lino las de en medio, con ceras aliga las de más abajo,
y así, compuestas en una pequeña curvatura, las dobla
para que a verdaderas aves imite. El niño Ícaro a una
estaba, e ignorando que trataban sus propios peligros,
ora con cara brillante, las que la vagarosa aura había movido,
intentaba apoderarse de esas plumas, ora la flava cera con el pulgar
mullía, y con el juego suyo la admirable obra
de su padre impedía. Después que la mano última a su empresa
impuesto se hubo, su artesano balanceó en sus gemelas alas
su propio cuerpo, y en el aura por él movida quedó suspendido.
Instruye también a su nacido y: “Por la mitad de la senda que corras,
Ícaro” dice, “te advierto, para que no, si más abatido irás,
la onda grave tus plumas, si más elevado, el fuego las abraza.
Entre lo uno y lo otro vuela, y que no mires el Boyero
o la Ursa te mando, y la empuñada de Orión espada.
Conmigo de guía coge el camino” Al par los preceptos del volar
le entrega y desconocidas para sus hombros le acomoda las alas.
(OVIDIO, 2010: 183).

Sabemos que Ícaro no sigue las recomendaciones de su padre y que una vez derretidas sus alas cae al mar. La historia de Dédalo se complica con el destierro y la muerte de su hijo: “¡Ícaro!”, dijo:

“¿Dónde estás?, ¿por qué región a ti he de buscarte? / ¡Ícaro!”, decía. Las plumas divisó en las ondas, / y maldijo sus propias artes, y su cuerpo en un sepulcro / encerró, también tierra por el nombre dicha del sepultado” (Ovidio, 2010: 183). Dédalo vive la tragedia de Ícaro como una consecuencia de su imaginación; una vez más la creatividad lo lleva al límite en la encrucijada del querer ser libre. Porque ser

libre, como afirma Mijail Batín, “significa ser para el otro y a través del otro, para sí mismo” (Batin, 2000: 163). En ese límite de la interioridad, Dédalo vive la caída de Ícaro y muere a través de su hijo. Se ve a sí mismo con los ojos de Ícaro; está poseído por su ausencia, como en el laberinto estuvo poseído por la verdad o la falsedad del rey que ordenó su encarcelamiento.

Más allá del destino, podemos pensar en la verdad del personaje con relación a los acontecimientos y el “cuidado de sí”, denominado en el mundo griego como *épiméleia/cura sui*. “Esta cuestión del sujeto y del conocimiento del sujeto, ha sido planteada, hasta la actualidad, de otra forma, bajo la fórmula del Oráculo de Delfos: *conócete a ti mismo*. Pero, en realidad, esta fórmula de *conócete a ti mismo*, va acompañada siempre, por otra parte, de otra exigencia: *ocúpate de ti mismo*” (Foucault, 1996: 35). El principio ético de *épiméleia*, señala Foucault en *Hermenéutica del sujeto*, tenía que ver con: 1) la actitud general del sujeto en cuanto a la manera de comportarse con los otros y con el mundo; 2) con la mirada a sí mismo, en tanto que implica la vigilancia que el sujeto puede tener de sus pensamientos, 3) con un modo de actuar relacionado con la memorización del pasado, la meditación y la toma de conciencia y, 4) con una manera de ser, de reflexionar (Foucault, 1996: 36-37).

El “cuidado de sí” implica el conocimiento y la ejecución de estos principios fundamentales que en la práctica cotidiana dictan de manera espontánea el comportamiento que se debe a cada situación. Tanto Dédalo como Ícaro faltan al “cuidado de sí” en su manera de actuar, de ser, de verse; por ello la salida del laberinto no los lleva finalmente a la libertad, pues Ícaro muere y Dédalo sufre el destierro y la muerte de su hijo.

Pero en el mito griego también el rey Minos queda atrapado en el encadenamiento de hechos que va realizando a partir de que no cumple su promesa. Minos se hace indigno ante Poseidón; su falta, como señala Campbell, conlleva una carga social y ética al hacer propio lo que no le corresponde. Minos, ejemplo público de prosperidad comercial, rompe una negociación sumamente importante que parte de su interioridad. En este sentido el rey falta al “cuidado de sí”, tanto o más que Dédalo. Minos construye su propio laberinto al dividir los principios públicos de los principios personales y da lugar a lo que ahora reconocemos como la escisión del sujeto.

La identidad posee, como el laberinto, callejones sin salida, atolladeros que surgen cuando el sujeto entra en contradicción con los valores que rigen su entorno; pues el “cuidado de sí” no es, como podría pensarse, el desprendimiento del sujeto de su relación con los demás y con el mundo para dar prioridad a sus deseos e intereses. Foucault dice de esta práctica: “Es necesario que hayais aprendido los principios de una forma tan constante que, cuando vuestros deseos, vuestros apetitos, vuestros

miedos se despierten como perros que ladran, el Logos hable en vosotros como la voz del amo que con un solo grito sabe acallar los perros” (Foucault, 1996:100). El laberinto guarda lo obscuro de nuestra identidad, en él habita la sombra, es decir el minotauro. Está acechándonos y lo podemos imaginar, como lo refiere Borges en *Siete noches*:

Tengo la pesadilla del laberinto y esto se debe, en parte, a un grabado en acero que vi en un libro francés cuando era chico. En ese grabado estaban las siete maravillas del mundo y entre ellas el laberinto de Creta. El laberinto era un gran anfiteatro, un anfiteatro muy alto (y esto se veía porque era más alto que los cipreses y que los hombres a su alrededor). En ese edificio cerrado, ominosamente cerrado, había grietas. Yo creía (o creo haber creído) cuando era chico, que si tuviera una lupa lo suficientemente fuerte podría ver, mirar por una de las grietas del grabado, al Minotauro en el terrible centro del laberinto (Borges, 1982: 43)

En este contexto de las complicaciones del ser, en el centro laberíntico de la condición humana como origen del sufrimiento y del desarraigo, es donde el sujeto debe estar vigilante, pendiente en la práctica del “cuidado de sí”; no con el egoísmo extremo de la individualidad, sino con el compromiso frente a los otros y frente al mundo. Así lo manifiesta *épiméleia*, como principio ético que conduce a una estética de la existencia en la visión de Foucault.

La vigilancia de sí, implica la mirada a nuestros pensamientos; permite la meditación y la toma de conciencia. Pero en el mundo contemporáneo, el sujeto no sólo pierde la referencia del vigilante Argos,² que figura también en la mitología griega. Ahora el sujeto vive más bien “como alma en pena”, igual que el hijo desobediente o que el puerco espín de la tradición oral de Coahuayana.³ Ambos personajes rompen con el “cuidado de sí”, tal como Dédalo y Minos.

“El hijo desobediente” quiere conocer a su padre y lo busca en el mismo infierno, en donde le asegura su madre que lo encontrará. “El deseo de conocer al padre hace que [el hijo desobediente] rebase las reglas esenciales de la familia, entre las

² Argos vigila a Io, quien es transformada en una vaca por Júpiter, para que no la descubra su esposa Juno. “Argos tenía una cabeza rodeada de cien ojos. De dos en dos reposaban alternándose mientras que los demás permanecían abiertos y en continua vigilancia. En cualquier posición que se hallase, contemplaba a Io; la tenía ante sus ojos aunque estuviese de espaldas” (Ovidio, 1991:14).

³ Coahuayana es un municipio costero del suroeste de Michoacán que colinda con el estado de Colima y con el Océano Pacífico. Allí se recopilieron las narraciones orales “El hijo desobediente” y “El puerco espín”, entre otros textos del corpus anexo en la tesis *La literatura oral del suroeste de Michoacán a la luz de la hermenéutica*, presentada en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, en julio de 1992, por Gloria Vergara, bajo la asesoría del maestro Gerald Nyenhuis.

que se encuentra, por supuesto, el respeto total a los padres. El hijo desobediente deja entrar la duda de la conducta y la *moralidad* de su madre al exclamar: “¡Tan malo es! Aunque estuviera en el infierno yo iría a verlo” (Vergara, 2003: 206). Así, el personaje falta al principio de *épiméleia* por la manera de comportarse con los otros; no vigila sus pensamientos y no toma conciencia ni reflexiona sobre sus actos. Más bien “desencadena lo que en la moral tradicional de los pueblos puede llamarse “la maldición eterna” [...] La madre enuncia el reto de conocer al padre, de entrar al misterio, pero también dice: “Si vas, te perderás para siempre”. El hijo se atreve. Reta a su madre, al mundo, al infierno mismo” (Vergara, 2003: 206).

El segundo rompimiento del “cuidado de sí” en este relato, viene cuando el hijo desobediente deja su piel a la entrada del infierno. “Cumple con el deseo de conocer a su padre pero, a cambio de este “capricho”, se enfrenta con el demonio de la puerta, quien primero le quita la piel y, mañosamente, no se la regresa ni lo deja entrar de nuevo, porque ha burlado su vigilancia y consentimiento” (Vergara, 2003: 207). Así, el hijo desobediente regresa al mundo, destinado a vagar como alma en pena. Estas acciones serán definitivas en el futuro del hijo desobediente pues, por decirlo así, es desterrado del infierno y al llegar a casa no es reconocido por su madre. En la sociedad trazada con la moral del cristianismo católico, conocemos esto como castigo; pero hay otra repercusión a nivel de la interioridad que tiene que ver con el desconocimiento y que en este cuento se localiza como la categoría del “alma en pena”. Al no “pertenecer” ni al mundo de la madre ni al infierno, el hijo desobediente queda escindido de sí y de los otros que conforman su red.

Esto mismo ocurre con el puerco espín, definido en la tradición oral de Coahuayana⁴ como el cuerpo sin alma que vive, al igual que el minotauro, encerrado

⁴ Este cuento recopilado en Coahuayana, presenta algunos ecos en otras narraciones de la tradición oral venezolana que refiere Carlos Pacheco en *La comarca oral*; sin embargo no se ha localizado cabalmente la procedencia del relato. La historia cuenta que el rey, desesperado, encierra a su hijo para que no ande de vago en el pueblo. Un día, en sueños, se le presenta al príncipe una mujer hermosa y le pide que la libere; le dice que la tiene atrapada el cuerpo sin alma y que sólo él podrá salvarla. En el sueño ella le asegura que aprendiendo a jugar baraja podrá salir de ese cuarto para ir a buscarla. El caso es que el hijo del rey empieza a jugar con el sastre, quien lo visitaba regularmente, y le gana todas las partidas. El rey se entera y, molesto por el comportamiento del príncipe, lo echa del reino. El príncipe toma la herencia que le corresponde y aprovecha su exilio para buscar a la princesa que soñó. Vive diversas aventuras, hasta que se queda sin dinero. Luego, mientras vaga por el bosque, ayuda a unos animales que se disputan la comida. Él se las reparte y cada uno de ellos, agradecido, le brinda un don relacionado con sus habilidades. Por fin, después de algunos días, el hijo del rey llega a un rancho, en el que le dan trabajo como pastor, con la condición de que no deje que un ser extraño siga arrasando con las ovejas. Si no cumple con lo encomendado, lo matarán. Así, el príncipe está siempre vigilante. En su persecución contra el puerco espín, el príncipe descubre un castillo abandonado en donde se

en el oscuro espacio de las fieras. Sólo que el puerco espín se transforma y sale de su encierro a saciar el hambre con las ovejas de la región, en lugar de comerse a su rehén, María Carolina. En uno de estos viajes, el puerco espín es vencido por un príncipe que vino de lejos y que tiene la gracia de todos los animales para luchar con él, a pesar de que el cuerpo sin alma sabe de su ventaja de ser otro y otro, cada vez que su identidad es alcanzada por el peligro:

Para que me maten, hay un puerco espín en la laguna, tendrían que matarlo a él primero. Ahora le salió un tigre y un león y lo golpearon, por eso ando mal, porque esa es mi vida. Pero si logran matarlo todavía no me moriría yo, porque tendrían que destazarlo y de allí, del puerco espín tendría que salir una liebre, y esa correría; no se iba a dejar alcanzar de nadie. Pero si logran matarla, tendrían que destazarla y de la liebre iba a salir una paloma, y la paloma volaría; nadie la alcanzaría. Pero si logran agarrarla, de allí tendría que salir un huevo y ese huevo iba a dar a la laguna y nadie lo agarraría (Vergara 1998: 195).

En este punto, el príncipe es igual al puerco espín en su posibilidad de transformarse. Para lograrlo acude a los dones otorgados y dice: ¡Eh Dios y un león!, entonces se convierte en tal y ataca. Cuando el puerco espín es alcanzado por el león, corre y se convierte en liebre; luego aparece el galgo y la liebre se vuelve paloma; así de paloma a huevo, de huevo a pez, el puerco espín es vencido en su propio laberinto igual que Dédalo.

Gracias a los dones que le dio el esquilín, el hijo del rey burla la presencia del cuerpo sin alma, y es testigo de cómo el puerco espín se transforma en un monstruo quejumbroso y adolorido; descubre allí mismo su secreto, la manera de acabar con él y con su laberinto identitario. Pero ni el príncipe ni el cuerpo sin alma son conscientes de su tragedia. La única que sabe del estado que guardan ambos personajes es María Carolina, la princesa que había sido raptada por el cuerpo sin alma; sin embargo, al final del cuento sabemos que ella también es un “alma en pena”, por lo tanto no logra ser rescatada por el príncipe. Y es que, como afirma Campbell, “en su forma viva, el individuo es necesariamente sólo una fracción y una distorsión de la imagen total del hombre” (Campbell, 2009: 337). En la convivencia diaria, el sujeto cumple múltiples roles, simultáneos como el cuerpo sin alma; pero siempre “está limitado, ya sea hembra o varón; también lo está en cualquier periodo de su vida, como niño, como joven, como adulto como anciano; y no sólo eso, sino que en su vida está

refugia la bestia. Allí encuentra también a la mujer que había soñado, María Carolina. Gracias a que se puede convertir en esquilín, el hijo del rey conoce el secreto del puerco espín y lo vence. Libera a la princesa, aunque al final se da cuenta que no la puede restituir a su reino porque ella es también “un alma en pena”.

necesariamente especializado como artesano, comerciante, sirviente o ladrón, sacerdote, líder, esposa, monja o prostituta; no puede serlo todo” (Campbell, 2009: 337) a pesar de su poliédrica y simultánea condición de ser. Su plenitud depende de su pertenencia al grupo, de su relación con los otros y del reconocimiento de los demás; en ese espacio simbólico del intercambio, de la negociación, del diálogo, es donde el sujeto se asoma, desde su propio laberinto al de los otros y adquiere significado para el grupo. Pero este significado es inconsciente, dice Campbell, “el individuo no sabe hacia dónde se dirige, tampoco sabe lo que lo empuja [como ocurre con el hijo del rey en el cuento del ‘Puerco espín’]. Las líneas de comunicación entre la zona consciente y la inconsciente de la psique humana han sido cortadas, y nos hemos partido en dos” (Campbell, 2009: 342).

En el mito griego aparece igualmente esta zona nebulosa del sujeto, no encontramos que Minos tenga una claridad extraordinaria sobre la falta que cometió; aparentemente, su decisión de encerrar al minotauro corresponde más bien al peligro que representa para los otros; sin embargo, el monstruo guarda una referencia con la infidelidad de su esposa y, sobre todo, lleva la marca de Poseidón, de quien Minos recibe el castigo. Minos no atiende el principio de *epiméleia*, en tanto que el “cuidado de sí” implica también el conocimiento de sí, la reflexión que lleva a la conciencia. Debemos diferenciar la vivencia de los hechos, de la reflexión sobre esa vivencia. “El cuidado de sí” prevé al sujeto en la medida en que está alerta en su relación con el mundo, con los otros y consigo mismo. En tanto que dimensiona su situación, el sujeto se da cuenta de la magnitud de sus acciones y es capaz de enfrentarse con su interioridad. Pero Minos no repara en su falta y tampoco es capaz de verse en su relación con los otros. Actúa en cierto sentido, como el hijo de rey, por inercia. Esto no quiere decir que el sufrimiento desaparezca, pues es inherente a la condición humana. En el enredo de sentimientos que implica la identidad, el mito griego nos vuelve a dar respuesta. Ariadna⁵ nos hace pensar en el laberinto que se deshace enseguida, al sujetar el ovillo de hilo a la entrada. Sin embargo, en tanto que nos olvidamos del “cuidado de sí”, construimos nuestra identidad sin tomar la punta del hilo en nuestras manos y como Dédalo, perdemos toda pista lógica de la salida. Vamos palmo a palmo, en las encrucijadas de nuestra autoficción y apenas logramos asomarnos a la inmensidad de nuestro yo. En este sentido, el hilo de Ariadna es como el principio ético, *epiméleia*, que permite al sujeto salir triunfante de su propio laberinto, aunque para Dédalo haya significado la desventura de su encarcelamiento. Pero aquí hacemos atajo de la significación mítica, para ver la lógica sobre la que se

⁵ “Con la ayuda de la doncella, la puerta difícil, sin caminos para los anteriores, fue encontrada por medio de un hilo que iba recogiendo, el hijo de Egeo con la raptada hija de Minos” (Ovidio, 1991: 109).

fundan los valores esenciales que como el hilo de Ariadna nos darían un poco de luz en el laberinto. Porque como dice Nietzsche:

Para conocernos a nosotros mismos y afirmar una voluntad de verdad, para fundamentar una nueva ética, es decir, nuevos principios reguladores de las conductas, necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner en entredicho el valor mismo de esos valores, y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias en las que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron [...] un conocimiento que hasta ahora no ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado (en Foucault, 1996:13).

Podemos decir que hay por lo menos tres grados en los que la escisión del sujeto se manifiesta como el laberinto de la identidad. El punto más elevado lo constituye sin duda la tragedia griega. Edipo⁶ rompe de tajo con su interioridad al darse cuenta de su situación. Aquí, el “cuidado de sí” revela la toma de conciencia y viene el castigo. Aunque Bajtín afirma que el que vive la tragedia no tiene conciencia de sí, hay en este grado de desarraigo, un darse cuenta al tiempo que aparece la desgracia.

El segundo grado, motivo de nuestro enfoque, lo representa Dédalo, quien hace todo lo posible por salir del laberinto y se enfrenta a la desesperanza. Su *sino* pone de manifiesto no sólo los rasgos externos y cambiantes de la identidad, sino ese otro engranaje que surge con el “cuidado de sí” y el enfrentarse al mundo interior: la condición humana. Dédalo sufre no sólo su encierro, sino su libertad que se convierte en exilio. Pero el sufrimiento de Dédalo es casi inexplicable. Dédalo es probado, de alguna manera, como ocurre con Job en el texto bíblico.

El tercer grado de escisión se manifiesta en los sujetos que no demuestran una conciencia mayor de los hechos o enfrentan su interioridad a partir de la relación con los demás, haciendo muchas veces uso del poder (como ocurre con Minos en el mito griego), o quedan en pleno desarraigo, como “almas en pena”, igual que los personajes de la narrativa oral de Coahuayana.

Estos grados de escisión del sujeto que hacen de la identidad un laberinto, ponen de manifiesto, como diría Foucault, la necesidad de retomar los principios de *epiméleia* en el mundo contemporáneo; nos hacen pensar en la urgencia de una ética que se convierta en una estética de la existencia.

⁶ Aunque Edipo ocupa el grado más alto de la escisión del sujeto desde esta perspectiva, no lo abordamos aquí porque será motivo de un estudio aparte.

Referencias

- Bajtín, Michael (2000), *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)*, México, Taurus.
- Borges, Jorge Luis (1999), *Antología poética 1923-1977*, Madrid, Alianza.
- (1982), *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Campbell, Joseph (2000), *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1999), *Estética, Ética y Hermenéutica*, México, Paidós.
- (1996), *La hermenéutica del sujeto*, México, Paidós.
- Ovidio (1991), *Las metamorfosis*, México, Porrúa (Sepan Cuántos 316).
- (2010), *Metamorfosis*, Libro dot.com, disponible en <http://www.se-peap.org/archivos/libros/literatura/Siglo%20I%20ac%20-%20Publius%20Ovidius%20Naso%20-%20Metamorfosis.pdf>; consultado el 21 de abril de 2010.
- Pacheco, Carlos (1992), *La comarca oral*, Caracas, La Casa de Bello.
- Vergara, Gloria (2003), “El inframundo maravilloso Cultura y magia en las narraciones orales de Coahuayana” en Herón Pérez Martínez y Raúl González (eds.), *El folclor literario en México*, México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Aguascalientes, pp. 203-210.
- (2007), *Identidad y memoria en las poetisas mexicanas del siglo XX*, México, Universidad Iberoamericana.
- (1998), “La literatura oral del suroeste de Michoacán a la luz de la hermenéutica”, tesis de doctorado, México, Universidad Iberoamericana.
- (2004), *Palabra en movimiento. Principios teóricos para la narrativa oral*, México, Universidad Iberoamericana-Praxis.

Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo XXI
se terminó de imprimir en diciembre de 2012
El tiraje consta de 1 000 ejemplares